

tas manifestaciones de los arzobispos de París y de Ruan: también entabló negociaciones con la Santa Sede para llegar á una solución conciliadora. Sin embargo, las polémicas de los periódicos clericales alentaron la resistencia de las congregaciones, que no parecieron dispuestas sino á hacer ciertas protestas platónicas de obediencia que, como luego se supo, habían sido ofrecidas en su nombre. La mayoría de los ministros estimó que la ejecución del decreto no debía sufrir nuevos aplazamientos, y que era preciso cortar las negociaciones seguidas con el Vaticano, por inútiles y humillantes. Freycinet fué de opinión contraria, y dimitió, siendo reemplazado por Julio Ferry. Las congregaciones no autorizadas fueron disueltas á viva fuerza. No obstante, después se reconstituyeron, y á poco, se reprodujo el pasado conflicto. Con la ley votada recientemente, ha querido ponerse término. No es fácil, empero, que esto se consiga: en ningún país de Europa, y en los católicos menos, ceja el clericalismo en sus constantes propósitos de sobreponerse al Estado y someter la sociedad entera á su imperio. Hoy mismo, el problema mal llamado religioso, porque no afecta á las creencias, sino á las relaciones de la Iglesia y sus institutos con el poder civil, está planteado en nuestra patria, y reviste caracteres sumamente graves.



CAPÍTULO VIGÉSIMO-PRIMERO

Inglaterra en Egipto y Francia en el Tonkin.—Gladstone, Parnell y los conservadores.—La insurrección de Bulgaria.

El fin del capítulo décimo-noveno vimos como, en mil ochocientos ochenta y tres, Bismarck había, con la triple alianza, establecido en el centro de Europa un campo atrincherado, capaz de tener á raya á las demás grandes potencias. No le bastó esto, sin embargo, y se propuso aflojar ó romper los lazos con cuyo auxilio podía Francia asociar su política á la de Inglaterra, por una parte, y á la de Rusia, por la otra. Las circunstancias favorecieron sin duda al canciller, pero debe reconocerse que supo sacar partido de ellas con arte insuperable.

La inteligencia anglo-francesa no era ya tan cordial como al comenzar el año de mil ochocientos ochenta y uno, por efecto de las vacilaciones y timidez que el gobierno de la República había mostrado en las últimas negociaciones relativas á Grecia. Francia, vivo aún el recuerdo de sus desastres, parecía huir sistemáticamente de mezclarse en asuntos internacionales, temerosa de que le trajesen alguna complicación funesta, y en vano pugnaba Gambetta por hacerle recobrar el lugar que le correspondía en la diplomacia europea. Gladstone estaba ya poco satisfecho de ella cuando se produjo el incidente tunecino, que aumentó su frialdad. El gabinete de Londres no podía oponerse á la expansión territorial de la República; pero juzgó prudente buscar ventajas y compensaciones en la misma Africa. Egipto provocaba su codicia hacía largo tiempo, y no resistió más á la tentación. Ejercía en dicho país, con Francia, desde mil ochocientos setenta y